

LIBERTAD BAJO PALABRA: EL ANALISTA EN LA LENGUA

Libertad bajo palabra es el título de un libro de poemas que Octavio Paz escribió durante prolongados años de exilio. Nada novedoso, pues, traigo hoy, si para referirme al psicoanálisis y la política comienzo hablando de la libertad y el exilio.

Podría haber titulado, como lo hizo Moustapha Safouan con su libro, *La palabra o la muerte*.

O *Las mil y una noches*, recordando a Benjamin Murmelstein, el último de los sabios judíos de los campos de exterminio, o el último de los injustos como él quiso ser recordado, quien testimonia acerca de su estrategia para sobrevivir y hacer sobrevivir a los prisioneros de los campos: había que seguir vivos, es decir: había que seguir hablando con el verdugo, como Sherezade.

Pero no elegí una frase de un psicoanalista ni la de un político, elegí la frase de un poeta: *todos estamos en libertad bajo palabra*, y es ese el sesgo que quiero tomar hoy.

Porque si el acceso al habla -y por ella al decir- estuviera cercenado, como probablemente sea el caso del devenir de los tiempos que corren, si la dimensión de equivocidad de la lengua fuera aplastada, bajo las formas convencionales de su uniformación, sea en el castellano neutro, sea en el inglés americanizado, cualquiera sea la lengua que funcione como lengua franca, lo que el desarrollo político informático busca, y necesita, es que las máquinas que manejan los algoritmos, es decir: nuestros actuales nombres impropios, se entiendan entre ellas mediante un lenguaje inequívoco. Y para eso les es menester que nuestras expresiones sean también inequívocas, reducidas a emoticones o frases hechas, a un "me gusta" o "no me gusta", y esto para que nuestras "ideas" puedan ser codificadas y procesadas con pocos bits, en favor de generar un algoritmo correcto. Correcto quiere decir operativo, no importa si verdadero o falso, no importa si acertado o errado.

Quien recuerde la película *Brazil*, en la que una mosca aplastada contra una tecla hace escribir una letra equivocada en un apellido y sella la suerte de un ciudadano, sabe de qué estoy hablando.

Un problema que se ha planteado a mediados del siglo pasado es cómo asesinar masivamente con el menor costo económico y político posibles, lo que en los campos de exterminio se ha llamado la solución final, o el método de fabricación de cadáveres, durante el Tercer Reich. Hoy los procedimientos son más sofisticados.

El desarrollo tecnológico informático es tan desmesurado que ha logrado modificar las condiciones operativas de lo que se dio en llamar las guerras. El escenario bélico ha cambiado drásticamente, y los ataques ahora se realizan con la precisión del bisturí del neurocirujano. Ya no se trata de blancos geográficos, sino de producir ataques a medida, como los trajes de sastrería, adecuando los recursos para gastar de los insumos lo mínimo posible, y eso gracias a una eficacia aumentada y precisa, homóloga al empleo de anticuerpos monoclonales para combatir el cáncer. Esto es factible debido a la tecnología que permite individualizar prácticas o ideas específicas, cuando son contrarias a los intereses del operador informático de turno, y considerando a los humanos uno por uno, no por nacionalidad, ni por banderías, ni por pertenencia política partidaria, ni por lugar de residencia y, además, sin mediar ninguna declaración de guerra. Ese es el mundo al que estamos entrando y que tiene su articulador decisivo en la tecnología 5G que tiene en vilo las relaciones entre USA y China.

Cada vez que hacemos click en internet estamos brindando un bit de información, y lo estamos entregando gratuitamente. Y esa entrega mínima aporta a la configuración de un algoritmo que es el que controlará, tarde o temprano, nuestro acceso a los denominados servicios, como luz, gas, telefonía, créditos, viajes, pasaportes, en fin... todo aquello que supone el bienestar en esta zona del desarrollo del capitalismo tardío de Occidente.

Como contrapartida, con un solo click pueden privarnos de cada uno de nuestros bienes y servicios y derechos adquiridos.

Nada de esto podría funcionar si las informaciones que suministramos fueran imprecisas. "Sí", o "no", o bien "no sabe no contesta", nada de retórica, nada de sofismas, nada de argumentación: las computadoras que trabajan en esta función aun se rigen por lenguajes binarios. Ya se desarrollará, seguramente, un sistema operativo de múltiples generadores, o que contemple la diversidad, simbólica o de género, pero por ahora eso no ocurre.

Toda esta tediosa y -un poco- paranoica introducción la hago tan solo para entrar a considerar otra dimensión del lenguaje y de la lengua, la que proviene de los orígenes de la lingüística moderna. Porque seguramente en la Facultad de Psicología aún se enseña que Lacan se enfrentó a la lingüística, que propuso su linguisteria, y todos nos pusimos en algún momento de ese lado de la grieta. Hoy hay que decir, al menos eso creo, que se trata de producir un retorno a la lingüística, porque el desarrollo político globalizante que nos atraviesa la ataca también, a la lingüística, pero desde el peor de los escenarios. Si Lacan cuestionaba la barra saussuriana que ponía en relación al significante con el significado, haciendo énfasis en que es el significante el que engendra la significación y no la relación al significado y al referente, el ataque hoy pasa por la pretensión de una simple y llana eliminación de la dimensión significativa en el ejercicio del habla: se pretende reducir la lengua a un sistema de signos, ya no adecuados al referente sino al ordenador que los organiza en algoritmos.

Espero ser claro en el alcance que tiene esta operatoria, y por qué insisto desde hace algunos años en calificar a la lengua como órgano de resistencia: resistencia del significante -siempre equívoco y metaforizable- al signo -casi siempre estigmatizante -.

Les propongo ahora dar un paseo por Berlín, donde veremos en pleno centro de la ciudad, entre monumentos, museos, embajadas y lanchas que llevan turistas por el río Spree, que se encuentra la Universidad Humboldt, cuyo fundador fue Wilhelm, el hermano de nuestro más conocido Alexander, el naturalista, quien viajara por nuestras pampas junto a Bompland y Fitz Roy. Wilhelm von Humboldt fue, en efecto, el iniciador de una lingüística de principios del siglo XIX, la que sentaría las bases de los desarrollos de las lingüísticas del siglo venidero.

Más allá de los titulares y los títulos, quiero citar algunas de sus frases, para que perciban qué tan actuales resultan, y qué tan cerca están de los términos de Lacan, quien se refirió a él como el fundador de la lingüística moderna.

Si llegué a sus textos no fue por la tibia mención de Lacan, sino por las insistentes sugerencias de Henri Meschonnic, quien en sus libros y artículos propone fervientemente su lectura, por ejemplo aquel que titula *Leer a Humboldt, olvidar a Hegel*: es tal la importancia que le otorga.

Para Humboldt el lenguaje no es un instrumento, está lejos de pensar que es un útil para la comunicación. Por el contrario, piensa al lenguaje como un organismo vivo, es el órgano que forma el pensamiento. Es de Humboldt de quien tomo la idea de la lengua como un órgano, en mi caso la lengua como órgano de resistencia.

Al plantear la lengua de este modo, Humboldt enajena al pensamiento de un Yo que lo alberga y produce, para situarlo como efecto de una *energeia* que el organismo recrea, "la lengua eternamente engendrándose a sí misma". Reducir las lenguas a sus palabras y reglas de combinación, es decir a la

semántica y la gramática, sería, nos dice, “como el estudio de cadáveres (estudio) al que se le escapa precisamente la vida... del lenguaje”.

“La lengua no es otra cosa que la totalidad del acto de hablar... lo que no se percibe en los elementos por separado sino en el hablar trabado”. Por otra parte, “al escuchar una palabra no hay dos personas que piensen exactamente lo mismo, y esa diferencia, por pequeña que sea, se extiende, como las ondas en el agua, por todo el conjunto de la lengua”.

No sé, precisamente, qué escucharán ustedes, si escucharán lo mismo que yo en estas frases que tomo del ensayo *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano*, escrito hace más de ciento ochenta años, en 1836.

¿No resuena en ese hablar trabado el modo en que Freud define a la pulsión como la exigencia que se le impone a lo anímico en razón de su trabazón con lo corporal? ¿No es esa caracterización de la lengua como la totalidad del acto de habla una suerte de anticipo de los desarrollos de Saussure? ¿No es acaso esa mención a la diferencia entre lo que se dice y lo que se oye lo que Lacan, con Levi-Strauss- situará como que el emisor recibe del otro su propio mensaje en forma invertida?

Quizás haya un forzamiento en estas correlaciones, lo reconozco, pero voy a insistir.

Señala Humboldt que “la palabra al abrirse paso [...] a través de los labios, su producto retorna luego al propio oído”, y aún más: “el lenguaje sólo se desarrolla socialmente... cuando la palabra formada por uno le es devuelta al resonar en boca ajena... la representación convertida en lenguaje no pertenece ya a un sujeto solo”, y más adelante: “el sonido articulado escapa del pecho y busca despertar en otro individuo una resonancia que retorne al oído”. Yo leo ahí el recorrido de la pulsión invocante que requiere de un otro que permita en su resonancia el cierre del circuito, el recorrido entre los dos orificios en juego: la boca y los oídos.

Ahora, para concluir con mi lectura de este texto de Humboldt, quiero reproducir su frase más famosa: “por el mismo acto por el que el ser humano segrega de su interior el hilo de la lengua, se hace él mismo hebra de aquella, y cada lengua traza en torno a las gentes que la hablan un círculo, del que no se puede salir si no es entrando al mismo tiempo en el círculo de otra”. No puedo evitar poner en relación esta frase con aquella que produce Lacan en su proposición sobre el analista de la escuela, cuando afirma que “... en el horizonte mismo del psicoanálisis en extensión se anuda en el círculo interno que trazamos como hiancia del psicoanálisis en intensión”

Como pueden apreciar, la riqueza de los argumentos de Humboldt contrasta con la uniformidad depreciada y el achatamiento de la lengua que se persigue hoy por los medios informáticos e informatizantes. Pero quiero situarme ahora en las razones por las que Lacan, habiendo leído a Humboldt, no lo menciona en ninguna de las ocasiones en las que resuenan en él -según mi lectura- los términos del lingüista alemán. Eso habla menos de una falta de Lacan por no advertirnos que está citando, o abrevando en esos textos, que del esfuerzo de lectura que se nos impone en virtud de su formación tan ampliamente metastásica.

¿Acaso le reprocharemos a Lacan que no hiciera él como exigía a sus contemporáneos, que no citara? Ejemplos son los que no faltan. Escuchen esta frase: “... el año solar ha de sumar el número de días que tarda (el Sol) hasta que retorna de nuevo al mismo signo desde el que ha partido”. Retorna de nuevo al mismo... ¿no es acaso esa una de las primeras definiciones de lo real, lo que retorna al mismo lugar, y que Lacan refiere al año solar? Pues bien, la frase que recién les leí fue escrita en el siglo V por un tal Macrobio, en un libro llamado Saturnalia, y referida a Julio César cuando modificara el calendario en el año 46 ac. Macrobio, un lacaniano de la primer hora!

Si les traigo esta especie de escrache a Lacan, que en verdad no lo es, lo hago para dejar bien en evidencia que las palabras, el lenguaje, la lengua, eso que nos identifica como *parlentes*, como *zoon politikon* al decir de Aristóteles, ... la lengua es nuestro bien máspreciado, y tiene miles de años de vida, de desarrollo y de

transformaciones. Si estuviéramos obligados a citar todas nuestras referencias no podríamos hablar, nos la pasaríamos agregando notas al pie.

Lacan, como nosotros, no nació de un repollo, no es posible estudiarlo sin propiciar el retorno a Freud y a los textos fundantes de la cultura que lo dio a luz. Pero también, lo que no es menor, Lacan ha muerto hace casi cuarenta años, y el mundo que habitamos y la lengua que hablamos no son los mismos que entonces. Por eso, además de mirar para atrás, debemos mirar para adelante.

La lengua es, como sostenía Humboldt, un organismo vivo y en permanente transformación, y cada hablante la actualiza en su ejercicio de habitarla. Una de nuestras responsabilidades como analistas es ser sensibles tanto al buen uso de la lengua -entendiendo por eso no el hablar bien sino el bien decir-, como sensibles también debemos estar a sus transformaciones epocales -siempre que la enriquezcan y la complejicen-.

Debemos intentar impedir que la lengua sucumba ante el binarismo degradante de las necesidades informáticas e informatizantes del poder de turno, cualquiera que sea.

Si hablé a nivel de la macro geopolítica, quiero para finalizar insistir en que esto también nos concierne, concierne al pequeño mundo de los psicoanalistas: desconfiemos de la simplificación de la obra de Freud o del decir de Lacan, desconfiemos de quienes bajo el pretexto de establecer un texto nos privan de recorrer sus dificultades, sus controversias internas, de anunciarnos sus fuentes encubiertas, sus deudas impagas, sus intersticios, o sea, lo más rico de la transmisión de una enseñanza.

Desconfiemos también de quienes nos quieran imponer un modo de hablar: la lengua se las arregla sola para eso, tan sólo se trata de esperar que el tiempo haga su trabajo de sedimentación, y que las formaciones inconscientes de nuestros analizantes nos brinden testimonio de ese trabajo.